

VIDA DE ELENA KOWALSKA (1905 - 1938)

Elena Kowalska nace el 25 de agosto de 1905 en Glogowiec, una pequeña localidad cerca de Poznan, en una Polonia que seguía repartida entre Prusia, Rusia y Austria. Durante su vida es testigo del renacimiento de una Polonia autónoma, con la primera guerra mundial, y visita el territorio de este nuevo Estado (reside en los conventos de Varsovia, Plock, Vilnius y Cracovia), cuyo centro de gravedad estaba mucho más al este que a día de hoy.

Nace pobre, en el campo; es la tercera de una familia de diez hijos. Solo puede asistir a la escuela durante tres años. Entra a servir en casa de varias familias para ganar un sueldo en realidad muy escaso. Vive pobre, solidariamente con los polacos, que sufren la crisis económica de los años 1930. Desde su más tierna infancia es muy sensible a la miseria humana, y se mantiene pobre hasta su muerte, también en el convento, donde es acogida como hermana conversa. De hecho forma parte de los *anawim* del Señor.

En otoño de 1919 Elena se siente invadida de una *gran claridad*, una luz íntima y profunda que

discretamente la acompaña, la guía y la llama. Ya a los siete años se había sentido llamada a entregarse completamente al Señor en la consagración religiosa. A partir de los quince años expresa a sus padres en varias ocasiones su deseo de entrar en un convento. Ellos se oponen. Entonces trabaja para ganarse la dote. Llama a la puerta de varias congregaciones sin éxito hasta que, en agosto de 1924, es por fin recibida en la congregación de origen francés de las Hermanas de la Madre de Dios de la Misericordia. Siempre estará agradecida por ello a la Virgen María.

Allí recibe el nombre de María Faustina el 30 de abril de 1926, cuando toma el hábito. A continuación pasa por un periodo de oscuridad espiritual propia de la trayectoria de la vida mística cristiana. En los diferentes conventos de su congregación trabaja principalmente en el horno, en la cocina y en el jardín. Tiene una primera experiencia fuerte de ardor del amor de Dios el viernes santo de 1928. Cada vez más desea responder al amor con el amor y hacer de su vida un don al Señor y a sus hermanos, en particular en favor de quienes han perdido la confianza en la misericordia de Dios (hace un acto particular de ofrenda el 19 de marzo de 1934).

Debilitada por problemas de salud, en particular por la tuberculosis, y después de varias estancias en el hospital, con muchos dolores pero sin perder la confianza, se apaga el 5 de octubre de 1938. Muy pronto su tumba empieza a ser venerada por los polacos. En 1967 el cardenal Karol Wojtyła envía a

Roma las actas del proceso informativo diocesano con vistas a su beatificación. Es canonizada por fin el 30 de abril de 2000. Juan Pablo II quiso que fuese la primera santa del Año Jubilar para señalar la Divina Misericordia –que tanto desarrolló personalmente– como «luz en el camino de los hombres del tercer milenio».

En verdad esta claridad ilumina todo el recorrido de santa Faustina. A lo largo de su vida distingue cada vez mejor sus formas y sus matices, y se le manifiesta por fin con toda su belleza con los rasgos de Cristo resucitado, el cual, por su misterio pascual, le revela la fuente de esta misericordia: las entrañas mismas de Dios. Cada vez más entra en contacto con el lugar de esta beatitud luminosa: la llaga del costado de Jesús crucificado. Y cada vez más se deja tocar y transformar por esta luz de misericordia: la sangre, el agua y el Espíritu hacen de ella una respuesta al don de la misericordia: amor por amor, se convierte en ofrenda luminosa para el Señor... (cf. *Rm* 12, 1-2). En Cristo, Sumo Sacerdote, contribuye a interceder por sus hermanos.

Cristo Misericordia se revela cada vez más a Faustina; le pide que mande pintar un icono según lo que ha visto: a Jesucristo desplegando su misericordia en el mundo entero a partir de su corazón; Jesús saliendo al encuentro de todos, de los pobres y de los pecadores; el Señor, cuyo don de misericordia podemos acoger en actitud de gran confianza en su bondad. Esta es la disposición fundamental, en la que Faustina insiste con mucha frecuencia.

La fecundidad y los dones que acompañan su comunión con el Señor son manifiestos en la vida de esta religiosa. Solo porque su superiora se lo exige, escribe los cuadernos de su *Pequeño diario*. Y cuando su padre espiritual se lo requiere, hace partícipes a los responsables de la Iglesia del deseo del Señor de difundir en mayor medida el espíritu de misericordia en la Iglesia y en el mundo. Ella hubiera preferido no embarcarse en semejante aventura; sin embargo, como «secretaria de la misericordia» –así la llama Juan Pablo II–, plasma por escrito algo que actualmente inspira a numerosos teólogos y equipos pastorales de la Iglesia: redescubrir la importancia de la misericordia en la vida de la Iglesia, tener mayor conciencia de ello y estar más motivados, hablar y dar testimonio de ello a todos.

La Iglesia otorgará una importancia especial a la instauración del Domingo de la Misericordia, lo cual no es otra cosa que darse cuenta de que la Pascua, la Resurrección, es el cumplimiento en la persona de Jesucristo de un designio eterno de misericordia que se actualiza con el tiempo en la Iglesia y en el mundo. La Fiesta de la Misericordia, que marca la conclusión de la Octava de Pascua, en el octavo día, no es una novedad: es poner en luz el modo de proceder divino de creación y de redención indicado de forma radical por los textos litúrgicos que van del jueves santo al domingo *in albis*.

Sor Faustina comprende el desafío de su misión: contribuir a dar a conocer el Rostro de la misericor-

dia a fin de que los hombres de su tiempo «aprendan a conocer cada vez mejor el verdadero rostro de Dios y el verdadero rostro de sus hermanos» (C 5). Acepta dedicarse a estimular a otras personas por este camino de evangelización. Cada vez más se enrolan en esa corriente su padre espiritual, eclesiásticos, hermanas y personas bautizadas. Su causa sale triunfante en Vilnius, donde el 26 de abril de 1935 se festeja oficialmente el Domingo de la Misericordia, en Ostrabrama. A pesar de sentirse decepcionada por las imágenes del Cristo de la Misericordia, insiste en que se le represente, pues la misericordia se ha encarnado efectivamente, y se ha encarnado con medios pobres.

Seguidamente el Señor le da a entender la importancia de que esta espiritualidad se extienda. Faustina lo percibe en forma de una *Zgromadzenie*, una congregación o agrupación, pero muere sin fundar nada. ¿Qué quería exactamente el Señor? En cualquier caso, su vida fue un continuo testimonio gozoso y eficaz de la misericordia en el día a día de sus relaciones. Sin duda esa acción se manifiesta en toda su pureza precisamente en el acto de renuncia de Faustina.

Ella encontraba al Señor en el silencio del corazón. Era muy consciente de que esta obra era del Señor y de que –asombrosamente– es Él quien actúa, aunque muy misteriosamente (cf. *Rm* 11). Precisamente en las situaciones de pobreza, precariedad y vulnerabilidad es donde manifiesta en particular su misterio de misericordia, su Nombre. ¡Bendita

precariedad! *No hay ninguna forma de pobreza que pueda compararse a mi misericordia*, le dice el Señor a Faustina.

Hoy encontramos en numerosas diócesis del planeta (en Polonia, Italia, Estados Unidos, Canadá, Filipinas, Camerún y muchas más) grupos e iniciativas que se reconocen herederas de Elena Kowalska, santa Faustina.

ITINERARIO

A lo largo de estos quince días con Faustina nos proponemos ante todo leer los cuadernos de su *Pequeño diario*. Este contiene su trayectoria espiritual; lo escribe a petición de su director espiritual, el padre Michel Sopocko, profesor de teología en Vilnius.

Así es como Faustina comienza a redactar: *Debo tomar nota de los encuentros de mi alma contigo, oh Dios, en los momentos particulares de tus visitas. Debo escribir de ti, oh Inconcebible en la misericordia hacia mi pobre alma... Jesús, tú ves lo difícil que es para mí escribir, y que no sé describir claramente lo que siento en el alma. Oh Dios, ¿puede la pluma describir cosas para las cuales a veces no hay palabras?* (D 6).

Con este espíritu de encuentro y de pobreza, esta religiosa polaca acepta compartir lo que experimenta de la misericordia. Con frecuencia se hace preguntas. *Durante una conversación matutina dije a Jesús: «Jesús, ¿no eres tú una ilusión?».* Jesús me respondió: *«Mi amor no desilusiona a nadie».*

Dejarse interpelar por la misericordia nunca es fruto de una ilusión; es siempre una llamada verdadera. Siguiendo esta humilde experiencia de encuentro con el Amor, como Faustina y como María de Nazaret –cuya compañía sentía Faustina–, cada uno de nosotros tratará de releer su día a día, la historia y su propia historia con sus palabras y símbolos, pero siempre a la luz y al fuego de la misericordia.

En los dos primeros días partiremos del entorno humano, social, político y económico en el que creció Elena Kowalska. Ella se da cuenta de que solo un encuentro continuo y renovado con la misericordia puede dar la paz, y esto vale tanto para su persona como para los pueblos del mundo, que tanto necesitan este don del Señor (1^{er} día: La misericordia trae la paz).

Para Faustina, la misericordia de Dios, que actúa tanto en la creación como en la redención, se convierte en promesa de victoria definitiva del bien sobre el mal; es capaz de transformar el mal en bien; es ante todo un límite para el mal en la historia y confiere una fuerza particular a la persona para resistir al mal moral y estructural (2^o día: La misericordia no tiene medida).

En los tres días siguientes trataremos de llegar al fondo de la oración de Faustina. Para ella, rezar es orientarse hacia el seno de Dios, hacia sus entrañas, misterio de su misericordia (3^{er} día: Entrañas de misericordia); esta orientación se traduce en un deseo cada vez más profundo de entrar en comu-

nión con Dios (4° día: La misericordia, comunión visceral); pero esta contemplación, lejos de arrancar a la orante de la vida de todos los días, la dirige con más vigor aún hacia los demás; invade completamente su día a día, su oración se hace acción y los gestos se transforman mediante la relación con el Señor (5° día: La misericordia actúa siempre).

En las etapas siguientes nos dejaremos reorientar en las cosas concretas por esta espiritualidad de la misericordia. Se trata claramente de experimentar la ternura de Dios. Pero es una ternura en la fidelidad al ser del otro; es decir, nunca dulzona: la misericordia, unida a la verdad y al rigor, se convierte en condición y promesa de verdadera justicia (6° día: La misericordia es fuente de la justicia).

Lo que cuenta para el Padre misericordioso es restablecer gozosamente la dignidad de su hijo. No rebusca en el pasado, sino que abraza el presente para edificar el futuro (7° día: La misericordia restaura la dignidad). Por último, esta actitud no puede por menos de engendrar confianza en las relaciones humanas y con Dios; en esta confianza para con todo y contra todo se despierta la esperanza (8° día: La misericordia, esperanza suprema).

Las tres meditaciones siguientes interpelan nuestro modo de concebir la fe y de comunicarla. Faustina descubre la misericordia eterna en un rostro, en el cual ve al Padre y su compromiso irrevocable con el hombre y con su felicidad. Jesucristo es el Hijo que viene al encuentro de todo hombre para salvarlo. Por medio de Él, misteriosamente, y con

el Espíritu, se ofrece definitivamente la misericordia de Dios a toda la humanidad. Es cosa nuestra percibirla y acoger este amor (9º día: El rostro de la misericordia).

Si lo hacemos, nos sentimos como impulsados por el don de esta experiencia a hablar de ello a los demás. De este modo se renueva la capacidad de evangelización de la Iglesia (10º día: Habla de mi misericordia al mundo entero).

Este anuncio como Iglesia y con la Iglesia nos hace más conscientes de formar parte de un designio de misericordia y nos ayuda a entrar más de lleno en el misterio de la resurrección. La conclusión de la Octava de Pascua es el impacto de la plenitud de misericordia en nuestra vida; ofrece a los bautizados un nuevo ímpetu hacia el mundo, al cual tienen que servir, a la espera de la Parusía (11º día: Un designio de misericordia).

Vivir de esta espiritualidad transforma, como vemos en las tres últimas etapas. La misericordia nos hace amables, «acogibles», por así decir. De ese modo, con la ayuda del Pastor de la misericordia, podemos acompañar a unos y otros a la fuente de la misericordia, que es la obra desinteresada de toda evangelización (12º día: Llevar hasta la fuente de la misericordia).

La misericordia –la perfección que nos propone el Hijo de Dios– no puede sino humanizar nuestras sociedades. Es una tarea ardua para el mundo (13º día: La misericordia humaniza la sociedad). Pero esta transformación solo puede darse comenzando

por una transformación personal en el Espíritu (14° día: Oración para transformarnos en misericordia).

Ante esta hermosa perspectiva, misteriosa en cuanto a su realización, solo nos queda maravillarnos por el designio de Dios: magnificar el plan de misericordia de Dios (15° día: Himno a la misericordia), como María, como Pablo (cf. *Rm* 11, 33-36), con Faustina...